

LA COMUNICACION ECLESIAL Y SUS MEDIACIONES

JESUS M. AGUIRRE

"La aceptación de la ambigüedad es el comienzo de la impostura"
Pierre Dielerlen

Para la mayor parte de la Iglesia Latinoamericana un acontecimiento como el de la III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano en Puebla (México) será fundamentalmente un fenómeno comunicacional, cuyos mecanismos constituirán un enigma.

Sólo unos cuantos obispos y expertos tendrán acceso a todo el proceso de la toma de decisiones que generará un documento eclesial y que culminará con un determinado flujo de informaciones.

Gran parte del clero, religiosos, religiosas y grupos cualificados de seglares seguirán las informaciones cribadas de los medios masivos y adquirirán un ejemplar del documento conclusivo. Sin embargo en este espectro fundamental según la teoría del doble flujo, funcionarán con eficiencia los rumores confidenciales sobre la trama de la producción de los documentos, las tendencias encontradas, las presiones del Vaticano etc.

El pueblo cristiano, a través de la difusión formal e informal, recibirá mensajes parciales disueltos en códigos previos de los intermediarios. El documento como tal es difícil que despierte un interés noticioso. Los medios masivos más bien tratarán de explotar la espectacularidad del evento. Las grandes mayorías latinoamericanas, creyentes o increyentes, que no tuvieron noticia de Medellín, tampoco se percatarán del evento de Puebla. (Para ellos se trata de otra reunión más de gente importante de la que no esperan nada).

Este cuadro más o menos sombrío puede ser corregido con numerosos matices, pero en todo caso plantea una serie de interrogantes que ameritan una reflexión seria sobre las comunicaciones eclesiales: ¿para quiénes son tales mensajes? ¿a qué necesidades responden? ¿cómo se

elaboran? ¿a través de qué medios se difunden? ¿en qué situación se codifican y transmiten?

Ante la imposibilidad de abordar en un sólo artículo todas estas cuestiones, tan sólo queremos esclarecer desde la perspectiva comunicacional, los procesos de codificación de los documentos eclesiales. Nuestro objetivo no es el de dogmatizar sino el de enriquecer el campo de opinión pública en la Iglesia, hasta ahora tan estrecho y reprimido.

LA COMUNICACION SOCIAL Y LA IDEOLOGIA

La mayor parte de las comunicaciones eclesiales pretenden situarse implícita o reflejamente al margen del vaivén ideológico. Suponen que sus mensajes son palabra de Dios y no palabra de hombre sobre la Iglesia, el Mundo y el Misterio de Dios. Niegan que la Iglesia en su acción comunicativa se haya orientado alguna vez a la defensa de intereses que pueden ser o no legítimos; no aceptan que la Iglesia haya podido involucrarse con pasiones en la búsqueda y justificación de sus propios intereses institucionales.

Prescindimos ahora del estatus teológico de los diversos enunciados o mensajes eclesiales, y a que su proceso de codificación se atiene a las mismas leyes de la comunicación social.

La creencia de que las comunicaciones eclesiales ponen entre paréntesis toda ideología humana no resiste la menor crítica histórica tanto si nos referimos a la Iglesia de Roma en coyunturas como el cisma de Occidente y la reforma protestante, o a las Iglesias locales de América Española en el proceso de emancipación política.

El equívoco nace de la concepción

psicologista y racional de la ideología entendida como intención malévola y culposa. En este sentido nadie y menos una Institución Pública, como es el caso de la Iglesia, puede admitir que elabora unos documentos interesados y malintencionados con el objeto de engañar al pueblo o reconocer que todos sus mensajes se basan simplemente en una "falsa conciencia".

Pero el problema de la ideología no se sitúa al nivel de las intenciones morales del individuo, lo cual no significa que no sea susceptible de una valoración ético-social.

La ideología se define como un proceso de mediación entre la realidad y el conocimiento, y en este sentido lógico no hay comunicación, ni mensaje sin ideología. Esta equivale a un código constituido por un sistema semántico, es decir, a un repertorio de reglas de formación a partir de las cuales puede generarse un número de mensajes indefinido, que son equivalentes desde el punto de vista lógico-normativo.

Su funcionalidad está orientada hacia el control social del grupo y por eso mismo actúa imponiendo límites a lo que puede ser dicho, y a las maneras de decirlo por medio de un sistema de orden. El grado de distanciamiento o vinculación a unos u otros intereses habrá que verificarla en cada caso.

Al respecto bastaría con recordar las diversas selecciones de citas e interpretaciones que se efectúan sobre los textos evangélicos en los documentos eclesiales de los más variados sectores. Más aún en el ámbito teológico mismo se podrá hablar de la integración mayor o menor de una teología respecto al Magisterio vigente, pero no de una teología científica, aséptica o neutra sin mediaciones ideoló-

gicas sean de orden epistemológico, antropológico o sociológico.

También es importante señalar que los códigos ideológicos se hacen más restrictivos, o más abiertos, según las circunstancias sociales que atraviesa el grupo. Esto es particularmente válido en los procesos de codificación de los documentos sociales de la Iglesia, que exigen el uso de un lenguaje social no privativo de la Iglesia y reciben el influjo de un contexto sociopolítico muy determinado. El mediador, sobre todo en un grupo institucionalizado, puede modificar el orden, perturbado por los sucesos de la realidad, imponiendo a los significados de los sucesos una tasa de variedad menos compatible con un estado de orden.

Compárense, por ejemplo, los textos de la jerarquía católica en la época preindependentista y postindependentista, o más recientemente los discursos de nuestro Cardenal antes y después de 1958, y podrán apreciarse las variaciones semánticas sobre el Poder y la Democracia derivadas del contexto.

La suposición, pues, de un emisor de mensajes incontaminado por alguna ideología y al margen de un contexto comunicacional en que operan las constricciones sociales, no deja de ser sino una ficción mental o lo que es peor la tentación de "ser como dioses".

Por eso afirmaciones como la del documento preparatorio de Puebla en el sentido de que la Doctrina Social de la Iglesia no es una ideología, no dejan de ser sino unas afirmaciones ideológicas, que es preferible reconocer como tales, en lugar de convertirlas en doblemente ideológicas, al no querer reconocer su estatuto de códigos sujetos a determinadas constricciones.

En fin tampoco podemos olvidar que los mediadores informativos (intérpretes de los documentos, teólogos, periodistas, propagandistas y predicadores, etc) en el proceso de doble flujo utilizan también sistemas de regulación para reducir la disonancia de un nuevo elemento cognoscitivo que produce incomodidad o tensiones en un grupo con su propio marco de referencia.

De nuevo se impone un tamiz ideológico tanto en el proceso de mediación como en el de recepción que opera selectivamente. Se resaltan unos aspectos que están de acuerdo con ciertos puntos de vista, se tiende a minimizar u olvidar, o a pasar inadvertido todo aquello que resulta contrario a una forma de pensar, a unos intereses concretos o a una determinada motivación y así sucesivamente.

UN METALENGUAJE SOCIAL OCULTO

La necesidad en los mensajes eclesiológicos de referirse a la realidad para in-

terpretar los signos de los tiempos, obliga a recurrir a unos modelos sociológicos y a un lenguaje que no son privativos de la Iglesia.

Pero el temor de entrar en un terreno secular y en cierto sentido ajeno impulsa a simular cierta indiferencia frente a los instrumentos de análisis de la realidad. Más aún ante el terror de sentirse involucrado directa o indirectamente en algún conflicto social se pretende adoptar un lenguaje aparentemente neutral, equidistante de todas las posiciones.

Hay conyunturas en que se exige actuar a la Iglesia como árbitro en determinados problemas sociales (secuestros, guerras...) pero hay situaciones en que la neutralidad implica complicidad o indiferencia culposa.

Estos últimos años, silenciando sistemáticamente las denuncias y planteamientos de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano (Medellín), han proliferado mensajes eclesiológicos de carácter neutral, que merecen nuestra atención, pues justamente el documento preparatorio de Puebla se inscribe en esta tendencia.

El mensaje neutral pretende erigirse en juez ajeno y no implicado de los intereses humanos. Presenta una visión de la sociedad más bien situada en el Monte Olimpo que en el Calvario. Oculta su situación social, la posición de su perspectiva, la ubicación de sus intereses, la elección de sus códigos.

Ofrece una visión de la sociedad desmigada, describe los hechos a través de datos desconexos, ordenados por el azar estadístico. La realidad se diagnostica a través de un modelo yuxtapuesto en el que se exponen unos indicadores sobre demografía, inflación, empleo, vivienda, salud, nutrición, educación, sindicalización, reforma tributaria, agraria, etc. Teóricamente este orden de yuxtaposición permite la variedad máxima, una especie de democracia de los hechos, que sugiere la imagen de un mosaico al estilo de la primera plana de un diario. De hecho oculta a nivel metalingüístico, lo que proclama a nivel lingüístico, pues al proponer una aparente democracia de los datos recogidos objetivamente, no se patentiza qué modelo sociológico se ha elegido para ordenar esos datos, ni se explica por qué no se han indicado las trabazones existentes entre la situación económica y política, ni se aclara el motivo de la elusión de toda categoría relacional de conflicto.

Se detecta, por ejemplo, un dato como el mejoramiento económico y la acentuación de la brecha entre pobres y ricos y no se formula la pregunta consecuente sobre las causas estructurales de esa irracionalidad económico-social. O se

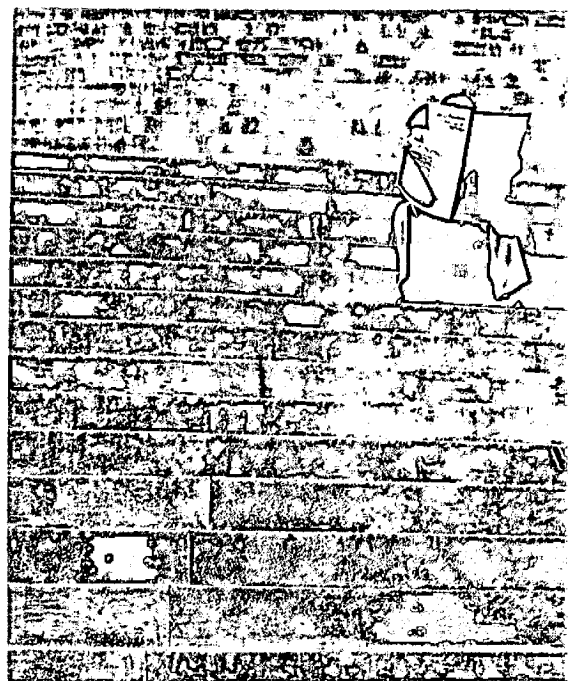
hace referencia a la situación de violencia y se la atribuye a entes impersonales e incógnitos como el vacío del poder y la necesidad de las cosas al estilo de los hados griegos.

Bajo la aparente transparencia de los hechos objetivos (?) y de los mensajes neutrales (?) se impone un código encubierto que desarticula los datos para una interpretación estructural de la realidad. Precisamente la operación inversa del proceso de toma de conciencia que trata de descifrar la articulación de los hechos y los metalenguajes de los mensajes.

El documento preparatorio de la III Conferencia General de Puebla que habla de un paso "del presentismo sociológico a la conciencia histórica" niega precisamente lo que afirma cuando analiza la realidad latinoamericana y la nueva civilización en términos de modernidad.

En éste y otros documentos de la especie neutral la organización del mensaje se impone al nivel de orden formal no-explicito: el problema fundamental latinoamericano es el de una crisis social derivada del paso de la sociedad agrario-urbana a la urbana-industrial. Se desdibuja el contenido histórico de esa transformación, y se elude el hecho mayor de la injusticia estructural. Por fin se anula todo tema susceptible de ser interpretado en base a modelos de conflicto, como si las categorías de opresión o explotación fueran de exclusividad marxista.

A través de mil subterfugios del lenguaje el mensaje pretendidamente neutro efectúa una prédica neoliberal, sin margen para otro tipo de interpretaciones y opciones. En una palabra su neutralidad oculta la opción neoliberal como única



alternativa para los cristianos del continente.

EL MENSAJE Y SU CONTEXTO

Anteriormente hemos señalado que los códigos ideológicos se hacen más restrictivos o más abiertos según las circunstancias sociales que atraviesa un grupo.

El cambio contextual más significativo operado durante los diez años que median entre Medellín y Puebla ha sido el de la instauración de las dictaduras militares y la aplicación sistemática de la represión con su justificación ideológica en la doctrina de la Seguridad Nacional. Este cambio general ha plegado en esa dirección incluso a las pocas democracias representativas como es el caso de Venezuela.

Las consecuencias obvias de este proceso han sido la persecución sistemática de todas las ideas, personas y organizaciones que han luchado y creen en la transformación profunda del continente.

Tal como describe la obra "Praxis del martirio" (Cepla editores), en muchas partes los cristianos son acusados:

- por leer, divulgar y predicar los documentos de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín (1968);

- por apoyar documentos de los obispos de su país, o de su región;

- por diagnosticar la realidad a la luz de la fe;

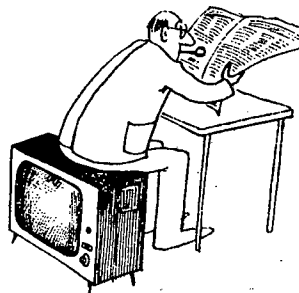
- por asumir una línea de compromiso liberador en favor de los hombres de su tiempo, según lo que les exigía su conciencia;

- por reunirse comunitariamente como Iglesia de Dios, a partir de la base. Las Comunidades Eclesiales de Base, asumidas por Medellín como expresión nuclear de Iglesia son declaradas no solamente sospechosas, sino peligrosas y comunistas;

- por reunirse habitualmente en asambleas menores, Círculos Bíblicos, Grupos de oración, Encuentros de reflexión, Grupos de la familia de Dios, etc.

Las violencias sufridas varían según los lugares y países: allanamiento de residencias, humillaciones de todo tipo, detención con largos interrogatorios, cárcel, torturas físicas y psicológicas, destierro, expulsión, muerte. Con razón se elabora una teología del cautiverio.

Sin embargo nuestra Iglesia conoce la experiencia del martirio de muchos hijos, velada por un sinnúmero de mediaciones políticas que le quitan su brillo. El emisor de las informaciones dominantes vierte fácilmente las sospechas de suicidio, complicidad con las guerrillas, aventurerismo, etc. sobre cualquier perseguido cristiano que supera una conciencia ingenua de la realidad y cuestiona el orden establecido.



Hablamos de cristianos, aunque para una Iglesia que se precia de poseer el espíritu del Buen Samaritano, debiera de ser indistinto que los perseguidos, torturados o asesinados sean cristianos o increyentes, muy especialmente en el caso de aquellos que han respondido al reto que entraña el compromiso por la liberación de los oprimidos.

No se puede negar que todos ellos han sido hombres con alguna ideología, tal vez mucho más desinteresada que la de sus detractores, si hemos de compararlos por los riesgos vitales que les han supuesto, pero en todo caso tampoco se puede negar que plantean un problema elemental de derechos humanos ante el que no es posible la neutralidad.

El contexto de Medellín planteaba a la Iglesia una pregunta límite: ¿cuál debe ser el quehacer del cristiano en una situación de injusticia estructural, cuando en el mismo continente y aun dentro de la misma institución eclesial participan el opresor y el oprimido? A los diez años el contexto ha variado y la pregunta se ha vuelto más doliente: ¿cuál debe ser el quehacer del cristiano en una situación de represión creciente cuando en el mismo continente y aun dentro de la misma institución eclesial participan el perseguidor y el perseguido en aras de la justicia?

Las respuestas pueden ser varias. Una primera sería simplemente la de negar la misma pregunta o simplemente silenciarla. Algunos documentos han adoptado esta postura sencilla que no crea complicaciones con ningún poder vigente, llámese imperio, dinero o ley. Se elimina el problema, negando el contexto referencial por identificación con el poder constituido.

Otra segunda respuesta es la de distanciarse del contexto ofreciendo una respuesta de componenda como la de quien está al margen de la situación. Por una parte se minusvalora la represión existente como algo esporádico o casual, y por otra parte, aun después de una apreciación crítica, se la justifica en vista de evitar el caos económico y social. Se trata de quedar bien con el perseguido señalando la excesiva mano dura del perseguidor y por otra parte se tranquiliza la conciencia del perseguidor comentándole

que no había otra alternativa. En fin se evacúa el conflicto real y se lo transfiere al nivel de la confrontación de las ideas. Por una simple manipulación semántica se desplaza el eje de la división y si antes las partes en conflicto eran los explotadores y explotados, ahora resultan ser los creyentes y los ateos.

La tercera respuesta sería la de la denuncia abierta, aun con el riesgo de que el documento tenga que correr clandestinamente en algún país. Se reconoce el contexto y se adopta una posición con todas las consecuencias.

La II Asamblea de Medellín reflejó la tercera actitud respecto a la situación del continente, aun a riesgo de ser tachada como reunión subversiva. Todavía, como hemos recordado, las referencias a Medellín son un índice de peligrosidad para algunos regímenes, por no decir casi todos.

Pero hoy las constricciones políticas del continente imponen la búsqueda del subterfugio lingüístico y de una semántica ambigua próxima a la impostura. La respuesta ambigua se constituye así en la mejor defensa de la situación existente.

En este tipo de razonamiento se oyen muy distantes los clamores del pueblo; a lo sumo constituyen una referencia tangencial, al que ya en otros tiempos se refirió Medellín. En cambio se piensa que la situación socio-política ha cambiado (¿acaso se acabó la Pobreza o pasó de moda la Iglesia de los Pobres?) y que se necesita un mensaje que pueda ser difundible aun en los regímenes de fuerza sin que provoque fricciones entre la jerarquía y los gobiernos (¿es ésta la mejor forma de desideologizar y mostrar la libertad de un mensaje frente a las constricciones sociales?)

En cuanto a los presuntos mártires simplemente se puede decir lo que un alto prelado respondiera al preguntársele sobre el caso de unos sacerdotes torturados: "no debieron haberse metido en política" (¿la implicación política elimina los derechos humanos o justifica la indiferencia de un pastor?)

Al final de estas reflexiones sobre los procesos de codificación de los mensajes eclesiales queremos retomar la cita inicial: "la aceptación de la ambigüedad es el comienzo de la impostura". Para muchos cristianos es muy difícil comprender cómo se pueda elaborar un mensaje referente al continente latinoamericano sin rescatar la memoria de muchos cristianos y no cristianos perseguidos por la fe y la justicia. El romper ciertos silencios y ciertas ambigüedades sería la mejor señal evangélica de un Amor por encima de la ideología del Poder y del poder de las ideologías.